

Prot. N. 00768/17

Curia Generalis
Fratrum Minorum
Capuccinorum

En ocasión de
La canonización

Beato

ÁNGEL DE ACRÍ

(1669-1739)

15 de octubre de 2017

Carta del Ministro General de los Frailes Menores Capuchinos

QUERIDOS HERMANOS
EL SEÑOR LES DE SU PAZ.

El 18 de diciembre de 1825, Papa León XII beatificaba al Venerable Siervo de Dios Ángel de Acri conocido por todos como el Apóstol de las Calabrias por su incansable predicación durante los 38 años de su vida sacerdotal. Siguiendo al buen pastor no dudó en ponerse en camino en busca de los pecadores, de los pobres y de los últimos, sin reservar nada para sí mismo, más bien restituyendo al Señor cuanto había recibido, porque la Vida pudiese llegar a todos.

La figura del austero hermano predicador y confesor, elementos típicos de nuestro ser hermanos capuchinos, será proclamado «Santo» por el Papa Francisco el 15 de octubre de 2017, testimonio seguro de la veneración que siempre lo ha acompañado. Quienes han visitado la basílica de Acri, que alberga sus restos mortales no puede evitar ser tocado por los numerosos fieles que día a día se vienen a él, rezan con él, le piden consejo y se encomiendan a él. Desde el día de su muerte, el Santo Beato Ángel ha continuado en su ministerio como predicador

del anuncio de Cristo Señor, Camino, Verdad y Vida, y de fuerte y compasivo llamado a los pecadores.

Alguno se preguntará sorprendido: ¿cómo recién ahora? Podemos realmente considerar que nuestro hermano no sólo ha sido constantemente invocado, ha estado presente en las mentes y los corazones de las personas devotas, sino incluso después de la muerte nunca ha dejado de hacerse presente intercediendo por los que estaban en necesidad y se dirigían a él. Muchas han sido las gracias atribuidas a su intercesión en el curso de los siglos y entre ellos hubo también un milagro que la Iglesia lo ha reconocido como un evento determinante para su canonización. Alegrémonos!

I. Breve perfil biográfico
de Sant'Angelo da Acri

Luca Antonio Falcone nació el 19 de de octubre de 1669 en Acri, entonces un pequeño pueblo al pie de las montañas de Sila, en el corazón del distrito Casalicchio, en una familia de humilde condición de la cual siempre estará orgulloso incluso cuando entrando en años y hablando



con los nobles, afirmará de ser hijo de un «padrera» y un «pastor de cabras». Fue bautizado al día siguiente en la iglesia de San Nicolás de Belvedere.

Aprendió a leer y escribir con un vecino, que había abierto una escuela primaria, y de los primeros elementos de la doctrina cristiana, asistiendo a la parroquia de San Nicolás y a la Iglesia conventual de los capuchinos de Santa María de los ángeles. Cuando creció, un cura tío, Padre Domenico Errico, hermano de la madre, lo encaminó al estudio con la esperanza de hacer de él una culta e instruida, capaz de ayudar a la madre, que había quedado viuda prematuramente.

En el umbral de los veinte años Luca Antonio, después de una breve experiencia de la vida eremítica, se orientó a vivir su consagración en los capuchinos despejando cualquier reserva en 1689, después de escuchado la predicación carismática del capuchino Antonio de Olivadi. El itinerario del joven Acre pronto reveló como un recorrido de obstáculos: por dos veces, de hecho, Luca Antonio dejó el hábito religioso abandonando el noviciado, desalentado por la austeridad de la vida capuchina o cediendo a la nostalgia de la madre que había dejado en lágrimas. Pero el 12 de noviembre 1690, por tercera vez, Luca Antonio iniciaba el noviciado en el convento de Belvedere Marítimo por el nombre de Ángel de Acre.

Esta vez también hubo dudas y tentaciones, pero mientras en el comedor se leían los hechos heroicos del hermano Bernardo de Corleone († 1667), de quien estaba en curso la causa de beatificación, elevó una fuerte súplica al Señor que le ayude en su lucha. Se cuenta que el hermano Ángel de Acre fue fortalecido por el Señor que le indicaba que se comporte como se comportó

el hermano Bernardo de Corleone. Era la señal esperada.

Hecha la profesión de votos religiosos, el 12 de noviembre de 1691, el hermano Ángel se encaminó velozmente en la vía de la perfección evangélica, preparándose a la ordenación sacerdotal, recibida en la catedral de Cassano allo Jonio el 10 de abril de 1700, Domingo de Pascua, y llamado a la obediencia para prepararse en la predicación. De 1702 a 1739, el año de su muerte, recorrió incansablemente toda Calabria y gran parte Italia meridional, predicando Cuaresmas, ejercicios espirituales, misiones populares.

El inicio de su ministerio de predicador no fue uno de los más felices: el debut desde el púlpito de San Jorge Albanés, cerca de Corigliano, demostró un verdadero fracaso, por tres noches consecutivas, por una tremenda amnesia que le hacía olvidar el texto, aprendido laboriosamente de memoria, y la incapacidad para seguir de alguna manera la predica, tanto así de obligarlo a huir abatido.

En lágrimas antes de la cruz de su celda, Fray Ángel tomó conciencia de su fracaso y llegó a la decisión irrevocable: de ahora en adelante predicaría a «Cristo crucificado desnudo, lejos de extravagantes retóricas y también de la dependencia de la lengua toscana, pero sólo con la lengua materna» repitiendo «paso a paso» cuanto el Espíritu Santo estaba sugiriéndole, enfervorizándole el corazón de celo y unción espiritual. Y fue un éxito, a pesar de la resistencia encontrada en aquellos ambientes y en aquellas personas que se creían iluminadas por la luz de la razón.

Consciente, sin embargo, que el predicador que no espera en el confesionario se parece al sembrador que no provee a la cosecha, fray Ángel

de Acri pasaba muchas horas en el confesionario sin cansarse de escuchar y de mostrar misericordia a los pecadores. Su convicción era que la caridad podría resolver las situaciones más difíciles y con la misericordia le sería más fácil reconducir en la gracia de Dios a todos los pecadores que la caridad de Dios los instaba a arrodillarse en su confesionario. Pero no sólo los esperaba, muchas veces el amor de Dios lo llevó en busca de los pecadores reacios a la reconciliación, así también como fue solícito en acudir a los enfermos que buscaban su asistencia espiritual.

Su amor por los pobres y por los que sufrían injusticias lo empujó varias veces a llamar a señores los Sanseverino, de siglos amos de Acri, a prestar atención a las justas demandas de la población para que fuesen respetados los derechos más básicos. Fray. Ángel tenía en el corazón salvación integral del hombre, de los pobres en espíritu y en el cuerpo, de aquellos humillados en su dignidad y de los que se habían apartado de Dios.

Nunca dejaba el lugar donde había predicado la misericordia de Dios y reconciliado a los pecadores, sin dejar señales concretas: el calvario y la imagen de la Virgen de los Dolores, recordatorios tangibles del amor de Dios que sufre y se ofrece a sí mismos para que el hombre téngala Vida.

En la Orden tuvo también roles de autoridad y como Ministro provincial no dejó de llamar a los hermanos a vivir auténticamente la vida capuchina, proponiéndoles cinco piedras preciosas: la austeridad, la sim-

plicidad, la exacta observancia de las Constituciones y de la Regla, la inocencia de vida y la inagotable caridad.

A los 70 años, el 30 de octubre de 1739, moría en el convento de Acri ofreciendo su vida a Dios para que la ciudad y Calabria redescubriera los más bellos dones: la paz y el bien para todos.

II. La santidad del fray. Ángel de Acri un don para acoger y vivir hoy.

El camino vocacional del joven Lucas Antonio estuvo marcado por varias incertidumbres: dos veces pidió entrar a los frailes capuchinos y en ambos casos se escapó confuso, dejando el convento. Incluso con tantas incertidumbres regresó por tercera vez y le pidió tomar el hábito de San Francisco y comenzar nuevamente su noviciado.

Lucas Antonio vivía un conflicto profundo en su ser: por un lado, tenía un profundo afecto por su madre viuda y no quería decepcionar las expectativas del tío sacerdote que lo impulsó a estudiar con el fin de dar un apoyo adecuado a la madre; por otra parte, se sentía fuertemente atraído por el ejemplo y la palabra de capuchino predicador Antonio Olivadi. El futuro de Ángel experimentaba dentro de sí el sentimiento de que sinceramente ama a su madre y a su tío, pero al mismo tiempo se siente llamado otra cosa. La vocación de consagrarse al Señor le pide que dé de sí mismos sin reservar nada. Incluso en



03





nuestros días a menudo la opción de consagrar la propia vida al Señor nace tras un encuentro con las personas que viven en manera auténtica y radical la propia consagración.

A menudo el camino vocacional está marcada por dudas e incertidumbres, está vigente el riesgo de repliegue en sí mismo y abandonar el ideal por el cual se había sentido una gran emoción y atracción. Sólo el que comprende que se le pide donar toda su vida, de todo lo que posee, fuesen también su sensibilidad y sus afectos, sólo entonces se descubrirá cómo la decisión de aceptar la llamada del Señor a estar con él es una fuente de alegría profunda y realiza su propia existencia.

El itinerario vocacional experimentado por San Ángel de Acri confirma la verdad de lo que Jesús dijo a sus discípulos: «En verdad os digo, que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos o campos por mí y por el bien del evangelio, quedará sin recibir ahora, en este tiempo, cien veces más casas, hermanos y hermanas, madres, hijos y tierras, con persecuciones, y la vida eterna en el siglo venidero» (Mc 10, 28-30).

Seguir a Cristo implica una nueva forma de vivir incluso las más sagradas. Jesús condena ninguna fuga, pero pide un mayor amor que ponga su persona al centro de todo y cuando él se convierte en el centro unificador de nuestra existencia, redescubrimos una manera más auténtica y más libres para vivir nuestros afectos y nuestras relaciones. Será él mismo quien nos llevará al descubrimiento de aquel que es «el Sumo bien, eterno, del cual proviene todo bien y sin el cual no existe algún bien» (San Francisco, Comentario al Padre Nuestro, Fuentes Franciscanas 266). Paradójicamente,

no se trata de dejar, sino de encontrarlo por causa de Cristo y del Evangelio, recibiendo en herencia el ciento por uno.

En el acompañamiento vocacional o en el discernimiento con los que desean abrazar nuestra vida, proponer con determinación la donación sin reservas de la propia existencia al Señor, presentando también que este don de sí mismo tendrá que experimentar la prueba y la tentación de abandonar el camino iniciado. Fray Ángel de Acri, después de haber donado todo al Señor, experimentó los primeros fracasos en la predicación; No se desanimó pero cambió el estilo de su predicación que se hizo muy evangélica, inspirándose en lo que exhorta San Francisco en la Regla «Amonesto también y exhorto a los mismos hermanos a que, en la predicación que hacen, su lenguaje sea ponderado y sincero (cf. Sal 11,7; 17,31), para provecho y edificación del pueblo, anunciándoles los vicios y las virtudes, la pena y la gloria con brevedad de sermón;» (San Francisco de Asís, Regla Bulada, IX).

La enseñanza es actual también para nosotros: estamos llamados a anunciar el Evangelio con fidelidad, partiendo el pan de la palabra con un lenguaje sencillo y comprensible para las personas de nuestro tiempo, anunciando el amor misericordioso de Dios que abraza nuestra humanidad. Este anuncio trae más fruto que el discurso lleno de citas teológicas y culturales.

Escribe el Papa Francisco en la *Evangelii Gaudium* «Este ámbito materno-ecclesial en el que se desarrolla el diálogo del Señor con su pueblo debe favorecerse y cultivarse mediante la cercanía cordial del predicador, la calidez de su tono de voz, la mansedumbre del estilo de sus frases, la alegría de sus gestos. Aun las

veces que la homilía resulte algo aburrida, si está presente este espíritu materno-elesial, siempre será fecunda, así como los aburridos consejos de una madre dan fruto con el tiempo en el corazón de los hijos « (Francisco, *Evangelii Gaudium*, 140).

El capuchino Ángel de Acri había intuido que una predicación refinada, o una oratoria retóricamente impecable, así como llena de doctrina o puramente moralista no ayudaba a los corazones a abrirse incondicionalmente a la conversión y al reconocimiento del «todo de Dios.» La suya fue una predicación que invitaba a redescubrir la belleza de ser hijo en el Hijo Jesús y la bondad del amor de Dios que no puede ser retenido para sí mismo, pero va continuamente donado nuevamente.

El Papa Francisco escribe de nuevo: «El predicador tiene la hermosísima y difícil misión de aunar los corazones que se aman, el del Señor y los de su pueblo. El diálogo entre Dios y su pueblo afianza más la alianza entre ambos y estrecha el vínculo de la caridad. Durante el tiempo que dura la homilía, los corazones de los creyentes hacen silencio y lo dejan hablar a Él. El Señor y su pueblo se hablan de mil maneras directamente, sin intermediarios. Pero en la homilía quieren que alguien haga de instrumento y exprese los sentimientos, de manera tal que después cada uno elija por dónde sigue su conversación (Francisco, *Evangelii Gaudium*, 143).

Con su predicación Ángel de Acri fue el instrumento capaz de unir el corazón del Señor al de los hombres. Fray Ángel transmitía a su audiencia el gozo y la alegría de un Dios que está feliz de hablar con su pueblo. El confesionario era el lugar donde ofrecer al penitente el consuelo del perdón de Dios que abría el camino a una nueva vida en Cristo. Y es precisamente en el sacramento de la reconciliación que renueva el abrazo de Dios ya donado en el bautismo y nuevamente donado como un abrazo misericordioso.

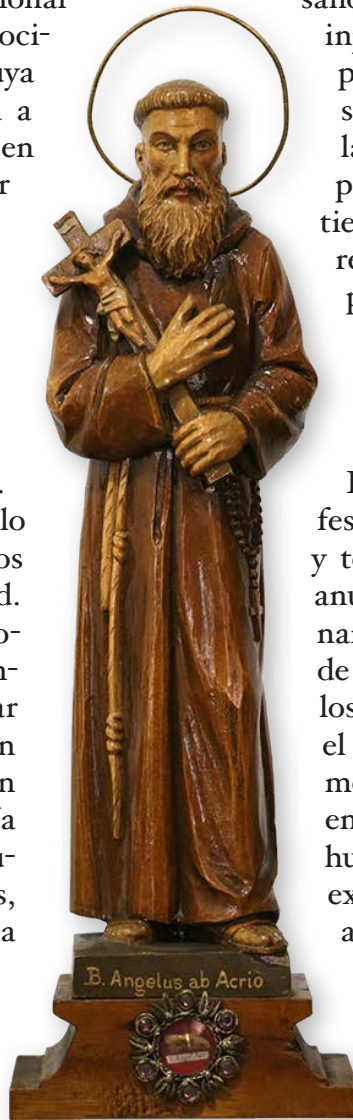
Su celo en la predicación y el perdón ofrecido en el sacramento de la reconciliación generó en fray Ángel una fuerte sensibilidad hacia los pobres. Con valentía y fuerza denunció las lamentables condiciones en que vivían los hombres y mujeres de su tiempo y tierra. Invocó la justicia para los pobres que denuncian los escándalos bancarios, la reducción arbitraria de las tasas de ingresos, los altos aranceles aplicados al cultivo del gusano de seda de seda o la confiscación

injusta y violenta de la propiedad privada por aquellos que afirmaban ser los líderes del pueblo. Testificó la caridad cristiana visitando a los pobres en sus hogares, compartiendo la Providencia que él mismo recibía. Nunca dejó de visitar a los presos, abrazando en su dignidad, instando al arrepentimiento y la aceptación de la pena, defendió a los inocente injustamente condenados.

El misionero, predicador y Confesor Ángel de Acri comprendió y testificó, que la palabra de quien anuncia el Evangelio debe encarnarse en gestos concretos en favor de los pobres, de los que sufren, de los que padecen injusticias. « Desde el corazón del Evangelio reconocemos la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora. La aceptación del primer anuncio, que invita a dejarse amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, provoca en la vida de la persona y en sus acciones una primera

y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás. (Francisco *Evangelii Gaudium*, 178).

La predicación apasionada del santo era capaz de suscitar conversiones despertando las conciencias para buscar el bien y esta obra era testificada por obras de misericordia a favor y en defensa de los pobres. También en nuestros días, pedimos al Espíritu Santo que suscite anunciadores y predicadores que puedan





06

confirmar su palabra con la autenticidad de sus vidas, y cuyos gestos concretos transmiten luz y sabor, pureza y levadura. Pídanoslo para nosotros mismos y pongamos a disposición nuestras energías porque con la autenticidad de la vida podemos ser la levadura buena que transforma la harina en el pan bueno de la caridad y la hospitalidad.

San Ángel de Acri, a quien la Iglesia nos da como modelo y ejemplo de vida auténtica y realizada, enseña a todos los cristianos, especialmente a los frailes capuchinos, como anunciar el Evangelio al hombre sediento de la libertad. La vida en el Espíritu nos lleva a la verdadera libertad que nos permite reconocer la dignidad de cada ser humano. Este paso se da y crece cuando recibimos en la fe al Señor Jesús, el cual asumiendo nuestra carne elevó a la persona humana a la dignidad de hijo de Dios.

Una de las pinturas más antiguas representa a fray Ángel de Acri que mira y contempla el Crucifijo, centro de su predicación y oración. La meditación de la Pasión del Señor acompañaba los largos viajes a pié de un pueblo a otro a predicar. En las largas horas de oración solitaria meditaba momento a momento los sufrimientos de Cristo; cuidaba y abrazaba a quien estaba enfermo de cuerpo o en el

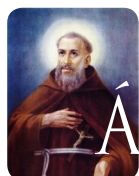
espíritu, reconociendo en los signos de la enfermedad las llagas de Nuestro Señor. Tenía en su corazón el rostro y el nombre de Jesús crucificado, una icona de amor ilimitado.

Queridos hermanos, San Ángel de Acri enriquece de una manera maravillosa la santidad de nuestra Orden. Su Santidad proclamada por la Iglesia se añade a los numerosos frailes que han seguido a San Francisco de Asís, que con han anunciado apasionadamente el Reino de Dios amando a la Iglesia y abrazando al leproso de su tiempo. Cada uno de nosotros mantenga siempre un ánimo contemplativo, simple y alegre. Pedimos la gracia de contemplar a Cristo Crucificado para amarlo en la carne sufriente del pobre, de marginado, de los que necesitan cuidado y afecto, y entre éstos a menudo está también el hermano que vive en nuestras fraternidades.

Testificando la belleza de Dios, lleven la paz y el amor de Cristo Salvador. La Virgen Inmaculada, les acompañe y les sostenga.

Roma, 4 de octubre de 2017
Fiesta del Seráfico Padre San Francisco

Fr. Mauro Jöhri, OFMCap.
Ministro General



ANGEL DE ACRÍ
En ocasión de La canonización